

HISTORIA MÍNIMA DE LA VIOLENCIA EN MÉXICO

Pablo Piccato



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
<i>Capítulo 1. Violencia revolucionaria</i>	19
<i>Capítulo 2. Violencia por la tierra</i>	47
<i>Capítulo 3. Violencia y religión</i>	77
<i>Capítulo 4. Pistoleros y otros criminales</i>	115
<i>Capítulo 5. Guerrilla y represión</i>	163
<i>Capítulo 6. Violencia y negocios ilegales</i>	215
<i>Capítulo 7. Toda violencia es violencia de género</i>	261
<i>Bibliografía selecta</i>	295
<i>Agradecimientos</i>	313

INTRODUCCIÓN

Este pequeño libro es un esfuerzo por pensar la violencia de una manera clara y con una perspectiva histórica. Los mexicanos de hoy atravesamos cada jornada asediados por imágenes, temores y dolor causados por asaltos, homicidios y otras agresiones físicas y psicológicas que parecen venir al mismo tiempo de todas direcciones. Esto causa que “la violencia” sea un concepto vago con muchos posibles significados simultáneos, los cuales, se asume, todos deberíamos conocer de primera mano. Parece habitar tanto en las más simples interacciones cotidianas (entrar y salir de un vagón de metro) como en las teorías más abstractas sobre el poder político (las bases del Estado o las causas de la Revolución). Debido a esa falta de claridad en nuestra discusión sobre la violencia, uno diría que el fenómeno no tiene historia. Muchos piensan que nunca ha sido la violencia tan aguda como ahora y paralelamente creen que México es un país violento desde siempre. El resultado del rechazo a la violencia, que todos comparten, es que parezca de mal gusto otorgarle la dignidad de tener una historia, pues es más fácil pensarla como el producto de impulsos psíquicos desviados o de la corrupción del poder político que como una relación entre personas persistente en sus efectos pero que se transforma con el tiempo.

Reconocer la urgencia del presente nos obliga a distanciarnos de él. Por eso las páginas de los capítulos siguientes están escritas en pretérito, aunque los fenómenos que describan nos parezcan familiares. Si apartamos por un momento la indignación que provoca ver la situación actual del país, podemos llegar a una mejor definición de lo que decimos cuando hablamos de violencia. Esta claridad histórica nos permite apreciar las diferentes formas

que adopta en nuestra experiencia; distinguir sus causas y efectos específicos, y, eventualmente, considerar la posibilidad de que, así como la violencia ha cambiado en nuestro pasado, posiblemente en el futuro deje de ser esa fuerza que hoy nos asedia.

La violencia es un fenómeno social, es decir, sólo ocurre en las interacciones entre seres humanos y entre éstos y otros animales. Los seres humanos determinan la violencia. Puede ser premeditada o un impulso reflejo, pero siempre aparece en situaciones donde predominan —o acaban predominando— intercambios no violentos. No existe un estado permanente de guerra, como lo imaginaba Hobbes. La violencia siempre tiene un contenido moral, pues tanto los que la usan como los que la sufren la entienden en el sentido de ser una decisión susceptible de ser juzgada como buena o mala. Es un acto que no puede explicarse aislado de otras relaciones sociales: en mayor o menor medida, la violencia es parte de los vínculos que unen y separan a las personas según su clase, su género o cualquier otra forma de distinción. Así, por ejemplo, el uso de la violencia en las relaciones laborales ha cambiado según la época y el lugar. Mientras que la esclavitud estaba basada sobre todo en el uso directo de la fuerza, en los latigazos del capataz y la restricción de los movimientos, el capitalismo contemporáneo se fundamenta teóricamente en un acuerdo voluntario donde el patrón y el trabajador aceptan intercambiar el dinero del primero por el tiempo y el esfuerzo del segundo. La violencia se asoma cuando ese acuerdo tiene que ser negociado y cuando los trabajadores intentan hacerlo de manera colectiva: huelgas y represión patronal marcan la historia del mundo del trabajo con mayor frecuencia que la habida en las rebeliones de esclavos, a pesar de que en las relaciones cotidianas entre empleadores y obreros la fuerza bruta es menos frecuente que aquella que subyuga a los esclavos. Puede ser política o criminal, militar o civil, pero ese estatus no deriva de sus características internas, sino del juicio de quienes la justifican o condenan.

La violencia es un fenómeno material, es decir, entraña la destrucción (total o parcial) del cuerpo y las posesiones de la víctima. Como un acto material, su eficacia depende fundamentalmente de las herramientas que emplea. El siglo xx fue testigo de un desarrollo tecnológico revolucionario y también de las guerras más mortíferas jamás vistas. Desde la bomba atómica hasta las balas de los escuadrones de fusilamiento, la tecnología multiplicó la capacidad destructiva de los actores sociales. El acto de accionar un gatillo tiene consecuencias muy distintas al tratarse de una pistola de calibre 22 o de un rifle de calibre 50. El efecto de una bala de pequeño calibre con coraza dura, que puede rebotar en el interior del cuerpo antes de salir, difiere en mucho del de una bala expansiva que a alta velocidad llega como una explosión en los tejidos blandos. La disponibilidad de atención médica y de antibióticos cambia radicalmente la mortalidad de casi cualquier proyectil.

El hecho de que la violencia sea material no significa que no podamos hablar de sus efectos simbólicos y psicológicos. Ambas dimensiones siempre van unidas: así como el insulto busca degradar, su referencia implícita es un acto posible de violencia; así como las heridas afectan a la víctima directa, siembran el temor entre los testigos. Al considerar la violencia como un acto también simbólico, podemos entender mejor por qué es necesario explicarla como una relación social. Al herirse, insultarse o amenazarse, los seres humanos establecen vínculos de corto y largo plazo. En lo inmediato, el bastonazo de un policía antimotines o el gas lacrimógeno pueden obligar al manifestante a retroceder. Hay, pues, una dimensión comunicativa en la violencia que va más allá de sus fines instrumentales inmediatos. Como afirma Rita Segato, “es poco habitual el delito que utiliza la fuerza estrictamente necesaria para alcanzar su meta. Siempre hay un gesto de más, una marca de más, un rasgo que excede su finalidad racional”. En el caso de la violencia política, esa función comunicativa es aún más importante, pero su mecanismo básico ya está en la

intimidación de la violencia de género o en el anonimato del asaltante callejero.

Según Hannah Arendt, es casi imposible predecir los efectos a largo plazo de la violencia. Puede ser racional el empleo de la violencia en lo inmediato: el policía antimotines tal vez logre despejar una avenida, pero, con el paso de los días, quizá su acción fortalezca las protestas y debilite al gobierno del que toma órdenes. La represión tal vez le cueste popularidad a un régimen, igual que puede acallar a sus críticos. Lo irracional está en pensar que es posible adivinar el futuro. Ésa fue la lección de la masacre del 2 de octubre de 1968 para los contemporáneos que supieron de ella. Para muchos parecía mejor aceptar temporalmente el autoritarismo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y buscar reformas graduales “desde adentro”, aunque significaran la continuidad de un régimen que no aceptaba la democracia plenamente. Pero muchos otros rechazaron ese razonamiento. Las imágenes que circularon sobre los hechos en Tlatelolco y los testimonios de quienes lograron escapar o sobrevivir después de ser detenidos tuvieron un efecto poderoso en los años siguientes. Algunos decidieron que sólo la lucha armada podía obligar al régimen a aceptar la disidencia o a hacer algo por atender a quienes no se habían beneficiado del milagro económico. Como Franz Fanon, estaban convencidos de que un régimen basado en la violencia sólo entendería lo que se le decía mediante la violencia. La insurgencia armada no tendría el mismo éxito en México que en Argelia, desde donde escribió Fanon, pero eso no lo sabían quienes en México quisieron emular la estrategia que llevó al triunfo a la Revolución en Cuba en 1959. Pensaban que con violencia, disciplina y sentido táctico, como lo habían hecho el Che Guevara y Fidel Castro, podrían remontar la desventaja material, lograr el triunfo y efectuar un cambio político y social de largo plazo.

La observación de Arendt resulta válida aquí también. Mientras que Castro logró establecer un régimen socialista de extraor-